EL SENTIDO CRÍTICO DE SAN JUAN DE LA CRUZ, FUNÁMBULO

José Florentino Pino Canales

Al atardecer, el joven Zaratustra entra en la plaza del pueblo. Todo el mundo se ocupa de sus cosas. Un volatinero les divierte danzando en una cuerda sobre sus cabezas. Zaratustra ve en él la representación de una metáfora: «der Mensch ist ein Seil über einem Abgrunde... ein Übergang und ein Untergang... ist etwas, das überwunden werden soll.»[1] El tránsito fulgura a treinta metros sobre el suelo. No está claro quién es quién a tanta altura: ¿es la cuerda o el danzarín quien se lleva la gloria? Jean Genet decide por la cuerda, si bien, revivida en la agilidad de su amigo Abdallah: «à son tour le fil fera de toi le plus merveilleux danseur».[2] El peligro custodia cada paso. El riesgo no es fingido, pertenece al espectáculo como el alma al cuerpo. La muerte, agazapada entre el miedo y el valor, le acompaña hacia el crepúsculo. Sólo permanece la cuerda: «une ligne infinie et une cage.» El volatinero se encamina, por la penumbra, hacia la noche. Hacia la de todos, pero, sobre todo, hacia la suya, donde no tendrá más luz que la de su propio calor. Abajo, un mar de pupilas negras teme al que, erecto y seguro, exhibe su esplendor. Para aprehenderlo son imprescindibles el tacto de Genet y la ternura de Zaratustra. Tropieza. Los ojos de la multitud se cierran y el mar cristaliza en un empedrado de párpados. La prisa de un segundo en el aire y el volatinero revienta. Zaratustra se arrodilla, lo abraza, llora. La función ha terminado. Zaratustra admira la grandeza del volatinero que ha arriesgado. Por eso, muerto, merece vivir. El pueblo lo sepultará en el pasado de la memoria, es decir, lo olvidará. Zaratustra lo catapultará al futuro de la esperanza, es decir, lo deseará. Genet advertirá, tarde, al joven Abdallah: «Mais veille de mourir avant que d'apparaître, et qu'un mort danse sur le fil.»

Entre lo ido y lo por venir habita el saber provisional sobre la frágil presencia de las cosas. El saber, adelgazado por el olvido y aligerado por el deseo, se llama interpretación. Es Hermes quien, con sus pies alados, va y viene, a través del enigma, entre la memoria y la esperanza, recibiendo vida del sendero que le sostiene. Hermes, funámbulo, danza esbozando un círculo: el círculo es el trazo de una cabriola a trein-

1. Friedrich Nietzsche, *Werke*, Band 2. *Also sprach Zaratustra*, Carl Hanser Verlag, München 1977.
2. Jean Genet, *Oeuvres Complètes*, Vol. V. *Le Funambule*, Éditions Gallimard, Paris 1979.

ta metros de altura sobre una cuerda de siete milímetros de grosor. La interpretación es el rastro dejado en el aire por los pies de Abdallah. El trazo hace visibles, a una, la vibración de la cuerda y la tensión muscular del dios. La interpretación desvela y oculta...

Juan de la Cruz también es un funámbulo en el circo del mundo. Que nadie se tome el circo a broma: allí se juega la vida. Comprender a Juan de la Cruz implica tener el valor de mirarlo danzar entre cielo y tierra, abandonado de ambos, sin otra luz y guía sino la que en su corazón ardía.[3] Sin red protectora. Implica respetar su riesgo, sin refugiarnos en el recurso fácil de que «al final todo saldrá bien.» Nuestra compasión tiende a concebir un san Juan de la Cruz arropado, no por el abismo de Dios, sino por la costra que generamos para protegernos de la intemperie nocturna. A esa costra también solemos llamarla Dios. Tal vez Él nos la permite para poder soportar, no tanto la intemperie del mundo, sino nuestros miedos.

Miremos a Juan de la Cruz danzar sobre la cuerda en su desnuda ascensión. La desnudez se reduce a los siete milímetros de grosor de la cuerda. Juan de la Cruz dará un salto mortal ante nuestros ojos. No le faltemos al respeto cerrándolos cuando el peligro se acerque más de la cuenta. El salto está escondido en las apenas diez líneas que constituyen el segundo párrafo del prólogo a la *Subida al Monte Carmelo*. Estamos en los preludios de la andadura que, a través de la noche, le llevará hasta el dulce encuentro de la *Llama de Amor Viva*.

San Juan de la Cruz empieza a decirnos algo de esa noche, pero ¡paradoja!, justo cuando acaba de advertirnos que:

> «...sólo el que por ello pasa lo sabrá sentir, mas no decir...»

Decir lo que no se deja decir. Contradicción sorprendente en la que desembocan los que sienten el filo de las cosas como irrebasable frontera. Se la ciñen, como una cuerda, entre el breve arco que va del talón al empeine. Y se arriesgan, confiados en la complicidad de miradas ajenas que, asustadas, necesitan que alguien penetre en el umbral de la noche para volver con una prenda de esperanza. Complicidad que remite, en última instancia, al callado sentir. Dirá san Juan:

> «Para escrebir esto me ha movido no la posibilidad que veo en mí para cosa tan ardua, sino la confianza que en el Señor tengo de que ayudará a decir algo, por la mucha necesidad que tienen muchas almas...»

La impotencia del decir y la confianza en el sentir enmarcan el salto que nos ha de admirar. Entre ambos hay silencio pero no resignación. Con las siguientes palabras empieza Juan de la Cruz a configurar la danza:

> «Y, por tanto, para decir algo desta noche oscura, no fiaré ni de experiencia ni de ciencia, porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar;...»

Primera sorpresa. Para decir algo de la noche, san Juan no va a fiarse de su experiencia. Creemos, ingenuamente, que el místico nos habla siempre de su experiencia.

3. San Juan de la Cruz, *Obras completas. Subida al monte Carmelo*, Ed. «El Monte Carmelo», Burgos 1972.

No es así. Y no lo es, porque ésta puede faltar y engañar. San Juan sabe que nunca se tiene la suficiente, y que la que se tiene puede mentir. El de Fontiveros no va a dejarse leer desde un intimismo más o menos incontrolable. El funámbulo no se permite el tramposo refugio del trucaje.

Si san Juan no se fía de su experiencia, podemos pensar que lo hará de la ciencia. La aprendió en la Universidad de Salamanca. Una ciencia escolástica, objetiva, bien trabada. Viene ahora la segunda sorpresa: tampoco va a fiarse de ella, y justo por las mismas razones por las que no lo hace de su experiencia: puede faltar y engañar. Ha aprendido que no hay saber total: siempre quedan cosas por aprender. Y sabe que, incluso, el saber poseído también puede estar equivocado. No es la precaria objetividad de la ciencia lo que seduce al descalzo.

Parece, pues, que san Juan ha descartado tanto la ciencia como la experiencia. Pero continúa:

> «...mas, no dejándome de ayudar en lo que pudiere destas dos cosas...»

San Juan no las desprecia. No las arrincona orgullosamente, sino que, con sentido crítico, diríamos hoy, se deja ayudar de ambas. Es la tercera sorpresa. El mismo nos indica, pues, la cautela con la que deben leerse, tanto los momentos en los que desnuda su alma, como aquellos en los que articula su explicación. Experiencia y ciencia son ayuda, nada más, nada menos. El funámbulo se arriesga apoyándose en lo sentido y en lo sabido.

San Juan no puede quedarse basculando estérilmente entre ciencia y experiencia, por eso avanza:

> «...aprovecharme he para todo lo que con el favor divino hubiere de decir —a lo menos para lo más importante y escuro de entender— de la divina Escritura, por la cual guiándonos no podemos errar, pues que el que en ella habla es el Espíritu Santo...»

De la divina Escritura, pues, no solamente se ayudará, sino que, positivamente, se ha de aprovechar, por lo menos para lo más importante y oscuro de entender. Y da una razón: es el Espíritu Santo quien habla en ella. No podemos errar al seguirla. Nadie negará que Juan de la Cruz es un hombre que cree en la Escritura y que, además, está versado en ella. El menos avisado se da cuenta de que la aprovecha al máximo. De hecho, toda su prosa navega en un océano de citas bíblicas, y su poesía es reverberación constante del Cantar de los Cantares. Parece, pues, que habiendo descartado la posibilidad de error, y garantizada la verdad por el Espíritu Santo, el sentido crítico de san Juan ha de quedar, más que satisfecho, y por tanto, cumplido. Pero, para sorpresa nuestra, no es así. Prosigue:

> «...y si yo en algo errare por no entender bien así lo que en ella como en lo que sin ella dijere...»

San Juan no pone en duda la inerrancia de la Escritura, aunque sí su manera de entenderla. Distingue muy bien entre texto e interpretación. Sin embargo, lo conse-

guido con el recurso a la Escritura, amenaza naufragar en la inseguridad del intérprete. ¿Dónde va a buscar ahora? ¿Qué salto dará? Sigámosle:

> «...no es mi intención apartarme del sano sentido y doctrina de la Santa Madre Iglesia Católica, porque en tal caso totalmente me sujeto y resigno...»

Parece que, finalmente, tocamos fondo. La posibilidad subjetiva de equivocarse en la interpretación de la Escritura quedaría subsanada por la apelación al sano sentido y doctrina de la Santa Madre Iglesia Católica. Juan de la Cruz no se estanca en el «libre examen» de un libro que se imagina caído del cielo; tampoco se queda con la mera ciencia teológica construida en las aulas. La cuerda, por la que el santo avanza, vibra más allá de Lutero y de la academia. San Juan de la Cruz no intenta apartarse de la Iglesia. Esto también sorprende, porque conociendo los conflictos que tuvo con los eclesiásticos de su tiempo, la total y resignada sujeción puede sonar a miedo, o a hipocresía. Sin embargo, no hay nada de eso. Siente que se interna en una noche en la que también lo eclesiástico ha de oscurecerse, y lo sufre en carne propia. El religioso sabe lo que dice. Es fiel, pero no servil. Como Abdallah, no pretende contentar capricho alguno, sino alcanzar al amado que, ausente, le seduce desde el final de la cuerda.

El estrecho campo de la experiencia y de la ciencia quedó ampliado por la Escritura, pero la misma Escritura queda ahora, en su interpretación, ensanchada por el sano sentido y doctrina de la Iglesia. No es en un cementerio de versículos donde san Juan danza, sino entre los inquietos vericuetos de la Iglesia viva. La verdad de la Escritura no está en la tozuda permanencia de la tinta y del papel, sino en la compleja historia de los que pecan, creen, sufren, esperan, ríen, aman y mueren. Esa amplitud cada vez mayor comporta, paradójicamente, un adelgazamiento también mayor de la cuerda.

La total sujeción y resignación al sano sentido y doctrina de la Iglesia parece no dejar lugar para más averiguaciones. Pero el funámbulo nos vuelve a sorprender; cuando ya nadie espera que prosiga, afina al máximo su destreza, y concluye:

> «...no solo a su mandado, sino a cualquiera que en mejor razón de ello juzgare.»

San Juan no culmina este texto esencial con «el mandado» de la Iglesia, sino con «cualquiera que en mejor razón de ello juzgare». El místico castellano no clausura las fronteras de su anhelo en los límites de la Santa Madre Iglesia: los desborda hasta la amplitud de «cualquiera», porque busca, aunque de noche, al Amado presente y ausente en cada brizna de su creación. Cualquiera puede accederle, porque Él es Todo y Nada. La cuerda se ha afilado hasta desaparecer. Ya nada sostiene los pies del funámbulo. Penetra donde se disuelve toda condición: subjetiva (experiencia), objetiva (ciencia), fijada (Escritura), normativa (eclesial), incluso Dios... Por eso osará mirar al crucificado desde los ojos del Padre. Lo dejó dibujado en un alarde de perspectiva que nos debería escandalizar.

Se equivocará, no obstante, quien pretenda encontrar, en estas líneas, el menor asomo de desprecio por Dios, la Iglesia, la Escritura, la ciencia o la experiencia. Cada

cosa tiene su momento en la cuerda que conduce hacia el abrazo nupcial. No se desprecia nada. Todo ha de asumirse y todo ha de irse dejando. Sólo en la cuerda, afilada hasta el extremo de su evaporación, destella el esplendor... de la cruz.

¿Qué entiende por razón Juan de la Cruz? Tal vez no sea sino el tejido interno de la cuerda misma: la recia arquitectura del vacío: sendero cierto y oscuro, como el del amante que, en el pecho, padece la ausencia del amado. Como el tacto vacilante de la planta del pie que configura el *sensus fidei*. Como la esperanza que, abiertas las manos, renuncia recordar.

Admiramos y envidiamos la libertad del funámbulo. El espectáculo nos estremece en el silencio último de un triple salto mortal:

> Desasida de lo exterior,
> desposesionada de lo interior,
> desapropiada de las cosas de Dios,
> ni lo próspero la detiene,
> ni lo adverso la impide.[4]

4. San Juan de la Cruz, *Obras completas. Dichos de luz y amor*, núm. 124.